pues del suceso, por el odio y aun por un dolor legítimo. Hagamos, pues, justicia de paso, sobre estas miserables invenciones. M. de Lamartine, que sigue paso á paso la narracion de M. Fayet, sin citar al autor, añade lo siguiente:—«Se podia llamar en algunos minutos al cura de Vicennes, pero apremiaba la noche que avanzaba, y que debia cubrirlo todo.—Una voz que partió de un grupo, en la sombra, murmuró con ironía.—¿Quieres morir como un capuchino?» El príncipe levantó la cabeza y pareció indignado.

La adicion es desgraciada. No habia entonces cura en Vicennes, y nadie pronunció aquella horrible frase. Estaba muy reciente el Concordato; los republicanos no se habian acostumbrado aun á los sacerdotes, pero los testigos de la muerte del duque de Enghien eran bravos militares y asistian á la ejecucion de un príncipe que habia vivido é iba á morir como soldado. Ni uno de ellos hubiera tenido el pensamiento de insultarle en sus últimos momentos.

Otras calumnias que no ha recogido M. de Lamartine. Se ha pretendido (M. de Bourriene) que la fosa se abrió en la vispera. Ha dado lugar esta odiosa acusacion el trabajo que hizo Bonnelet antes de la llegada del duque de Enghien á Vicennes. En fin, se ha dicho que habian desnudado los gendarmes el cuerpo, robado el oro de los bolsillos y las alhajas de las manos, pero el acta verbal de la ejecucion de que hablaremos ahora, responde de estas imputaciones.

Una sola asercion es cierta, entre las que se han divulgado para mancillar á los ejecutores: por triste que sea el hecho irrecusable de que se trata, encuentra esplicacion en las costumbres semisalvajes de la época, en aquel desprecio de la vida humana á que habian habituado á las gentes mas honradas el terror y la guerra. Walter Scott dice: El cuerpo fue arrrojado vestido en la fosa, sin el menor respeto á las consideraciones mas vulgares y á los usos de la sepultura, y con menos ceremonia que la que emplean los bandidos de las carreteras con las osamentas de sus víctimas. (*The body, dressed at is was, and without the slightest attention to the usual decences of sepulture, was huddled into the grave, with as little ceremony as common robbers use towards the carcases of the murderod.*) Escepto la injuria, todo es verdad. El cadáver fue arrojado en el hoyo, vesti do, *el rostro contra tierra* (véase mas adelante el acta) como si no hubieran sido estos despojos, no digo los de un príncipe, sino ni aun los de un cristiano.

Cuando resonó la siniestra detonacion, se retiró M. Harel, para redactar el siguiente despacho:

Vincennes 30 de ventoso, año XII de la república francesa.

«Harel, jefe de batallon, comandante de armas, al consejero de Estado real encargado de la instruccion y de la serie de todos los negocios relativos á la tranquilidad interior de la república.

»Ciudadano consejero: tengo el honor de informaros de que el *individuo* que llegó el 29 del presente al castillo de Vincennes á las cinco y media de la noche, ha sido en el corriente de la misma noche juzgado por una comision militar, fusilado á las tres de la mañana y enterrado en el lugar que he tenido el honor de mandar.

»Tengo el honor de saludaros con el mas profundo respeto.

»*Firmado*: HAREL.»

Encargóse á un ginete que llevase este despacho. Entre tanto el general Savary daba las disposiciones necesarias para el regreso de las tropas colocadas á sus órdenes. Los miembros de la comision entraban en París, y al despuntar el dia, montaba M. Savary á caballo y partia solo adelante, para la Malmaison. Detrás de él se conmovieron las tropas, y todo Vincennes volvió á sumirse en el silencio.

Aquí llegamos á la parte mas delicada de este relato, á la que contiene la solucion del enigma. No pretendemos haberlo adivinado; nos bastará esponer todas las esplicaciones contradictorias. El lector juzgará.

Es preciso trasladarnos ahora á la Malmaison, y si es posible, saber lo que se hacia en ella, lo que se pensaba, mientras se desenlazaba tan rápidamente el drama de Vincennes. Oigamos aun á M. Thiers, describiéndonos las ocupaciones del primer cónsul.

«Durante esta triste noche del 20 de marzo, se hallaba encerrado en la Malmaison, con su mujer, su secretario, algunas damas y algunos oficiales. Solo, distraido, afectando calma habia concluido por sentarse delante de una mesa, y jugar al ajedrez con una de las damas mas distinguidas de la córte consular (1), la cual, sabiendo que habia llegado el príncipe, temblaba de espanto al pensar en las consecuencias posibles de este fatal dia. No se atrevía á dirigir la vista al primer cónsul, el cual en su distraccion murmuró muchas veces los versos mas conocidos de nuestros poetas sobre la clemencia; primeramente los que pone Corneille en boca de Augusto, y despues, los que Voltaire puso en boca de Alcira.

»Esto no podia ser una sangrienta ironía, porque hubiera sido sobrado baja y demasiado inútil. Pero este hombre tan firme se hallaba agitado, y consideraba en sí mismo la grandeza, la nobleza del perdon concedido á un enemigo vencido y desarmado. Esta dama creyó que el príncipe estaba salvado, y se regocijó en estremo.»

Algo debe haber de verdad en esta escena palpitante, si bien el testigo mas digno de fe, M. Meneval, siembra con una palabra la duda sobre estas intimidades del primer cónsul en un momento tan crítico.

«Se retiró á la Malmalson, se aisló de todo el mundo, *hasta de su familia*, preocupado de aquella importante captura, y de las luces que iba á dar sobre la conspiracion el procedimiento.»

Hé aquí lo que dice el secretario íntimo de Bonaparte (*Napoleon y María Luisa*). No obstante, M. Desmarest confirma el hecho de los versos que murmuró el primer cónsul.

(1) Mad. de Remusat, que refiere esta escena en sus memorias aun inéditas.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.